DESIGNACIÓN Y REFERENCIA EN LAS EXPANSIONES METAFÓRICO-METONÍMICAS

Juan J. López Rivera
Universidad de Santiago de Compostela

A fin de precisar adecuadamente los fundamentos y objetivos de la tarea que nos proponemos se impone practicar, previamente, la clarificación de algunas decisiones reflejadas ya en el encabezamiento del trabajo; decisiones que, en gran medida, son el correlato de otras que afectan al contenido de lo que después vendrá. Probablemente causen cierta extrañeza tanto las solidaridades establecidas entre los fenómenos cuyo tratamiento se anuncia (designación y referencia; metáfora y metonimia) como la introducción de algún término (expansión) no muy habitual en los estudios lingüísticos o literarios de estas cuestiones. Efectivamente, las dos asociaciones dan a entender emparejamiento estricto, suma igualadora, de nociones que, en el primer caso (designación y referencia), parecen absolutamente idénticas y mutuamente excluyentes en el segundo (metáfora y metonimia). A pesar de estos inconvenientes, el propósito de unificación mantiene su vigencia intacta cuando lo que se desea es abarcar, sin duda posible, un hecho que, aun conservándose siempre como sustancialmente el mismo, en ámbitos disciplinares diversos puede recibir etiquetas terminológicas distintas aunque equivalentes (designación y referencia cubren en cualquier circunstancia un terreno conceptual semejante); también si, como acontece para la otra pareja, prevalece la idea de recoger principalmente de la metáfora y la metonimia (sin, en principio, obviar sus irreductibles peculiaridades) el desplazamiento designativo en que se fundan. De ahí, precisamente, la aparición de la denominación *expansión* que, evocando otros empleos usuales (*extensión*, por ejemplo), recupera, asimismo, para la "normalidad" a estos recursos que, si bien pueden ser contemplados como excepcionales por sus resultados[1], en tanto que

[1] La excepcionalidad vendría dada por el ensanchamiento que, de algún modo, propician en las relaciones de referencia, en tanto en cuanto la metáfora y la metonimia apoyan una versión de los anclajes referenciales (término lingüístico-referente) en la que éstos se vuelven hasta cierto punto modificables. Así, bástenos, por el momento, con tomar dos ejemplares prototípicos de procedimientos metafóricos y metonímicos en sentido retórico (cfr. Azaustre y Casas, 1997:84 y 87) sólo para ilustrar el uso que

Centro Virtual Cervantes

procedimientos auspiciados desde (y para) lo lingüístico tienen que suponer, no en menor proporción, el aprovechamiento de posibilidades que, con independencia de su mayor o menor frecuencia de utilización, necesariamente están implícitas en el lenguaje y las lenguas.

Con las explicaciones anteriores, como cabría esperar, ya empezó a hacerse patente que, en lo tocante a la perspectiva adoptada, nos mueve la consideración prioritaria de ubicarnos no en los polos de la conexión designativa (el significado y los referentes), sino en ella misma, allí donde se efectúan los movimientos en los vínculos establecidos que se originan por acción de la metáfora y la metonimia. Una vez determinados hacia el espacio de la designación, los planos de observación pueden dirigirse bien al arranque de tales mecanismos lingüísticos, al reajuste en la referencia, bien a comprobar cuáles son sus efectos (lingüísticos o, por ampliación, literarios) después de que se han constatado las operaciones en la designación pertinentes. Es la primera línea de investigación la que haremos dominante aquí, aquella que trate de enmarcar y comparar los casos especiales encarnados por la metáfora y la metonimia con la naturaleza general de los puentes designativos que se tienden en las lenguas.

Al definir el dicho ingenioso, Marina (1992:73) apelaba a la existencia de un intervalo entre el grado cero del lenguaje (lo normal) y lo poético (el estilo) en cuya percepción residiría la experiencia estética. Pues bien, de un nivel neutro parecido informan muchos de los que al ocuparse de la metáfora o la metonimia las han tomado como desviaciones hipercaracterizadas de la neutralidad habitual. Un par de opiniones representativas de distintas procedencias disciplinares podrá servir de muestra. El propio Marina (1992:109) resalta el carácter de anomalías lingüísticas de las metáforas, exigiendo, para comprenderlas, la imaginación de un mundo donde dejen de ser infracciones subversivas. Afirmaciones no muy dispares se encuentran en los tratados de retórica (cfr. Azaustre y Casas, 1997:83-89), donde la metáfora y la metonimia aparecen consignadas en el apartado de los tropos[2], aquella como sustitución de un vocablo apropiado por otro a causa de la similitud de los conceptos correspondientes[3], la segunda[4] en tanto que intercambio de denominaciones por relación de contigüidad de conceptos (un componente por el conjunto, causa por

---

hacemos del término *expansión*: cuando se emplee, metafóricamente, *perlas* para referirse a 'dientes' o, metonímicamente, *pincel* por 'pintor' las dos palabras abandonan su zona de referencia esperable ('perlas' y 'pincel') para "expandirse" hacia otras ('dientes' y 'pintor', respectivamente). Con estas "expansiones" se consigue, de paso, para el lenguaje una relativa liberación de la función instrumental (casi de nomenclatura) que se le atribuye en ocasiones.

[2] Consistirían éstos "en el uso de una palabra inapropiada para designar un concepto" (Azaustre y Casas, 1997:83)

[3] Para la ejemplificación del concepto de metáfora puede volver a verse el extraído antes (*supra* nota 1) del manual de los autores (Azaustre y Casas, 1997:84)

[4] También en Azaustre y Casas (1997:86-87) están reflejadas las posibilidades de la metonimia: "Quiero un *vino*" o "Quiero un *vaso*" por "Quiero *un vaso de vino*" (contenido o continente por el conjunto), *lengua*, como órgano de fonación, causa de las palabras de los *maldicientes* (la causa por el efecto), *pincel* por *pintor* (instrumento por artífice; subvariante del efecto por la causa) y "Abrazó *la Cruz*" por "Abrazó el cristianismo" (símbolo por la idea simbolizada).

efecto, efecto por causa, símbolo por la idea simbolizada)[5].

Bien es cierto que otras caracterizaciones se atienen a la literalidad de lo que sucede, aminorando apreciablemente la carga de interpretación como hechos anómalos. Una de ellas, restringida a la metáfora, sería la que desde la Lingüística avanza Coseriu quien: 1) describe (1964:131) la designación metafórica como la aplicación de signos a un objeto al que no le corresponderían, 2) registra (1952:81) sus implicaciones (identificación momentánea de objetos distintos o, incluso, de contrarios; hiperbolización de un aspecto particular del objeto), y, 3) expande su radio de acción hasta hacerla figurar entre los detonantes del funcionamiento lingüístico. En el lenguaje visto como actividad cognoscitiva realizada por signos simbólicos, la forma de conocimiento, renovada en cada acto de hablar, puede volverse, según Coseriu (1952:72 y 80-81), metafórica al producirse clasificaciones de la realidad con imágenes y analogías establecidas poéticamente, antes que a través de categorías de la razón. Es más, continúa Coseriu (1952:97 y 100), las creaciones metafóricas, que trasladan a la expresión lingüística lo que se intuye como comparable, manifiestan, aparte de su pertenencia a los efectivos lingüísticos, toda una manera de tomar contacto con la realidad (el hombre conoce, piensa, a menudo, elaborando analogías y, en consecuencia, designando metafóricamente)[6].

Sobre una convergencia en la descripción de los rasgos distintivos de la metáfora (de la metonimia sólo hemos consignado una interpretación, la retórica) ha podido observarse, en la breve recopilación que acabamos de hacer, una oscilación entre las formulaciones que destacan lo extraordinario del proceso metafórico (tal propiedad convendría también a la metonimia) y otras que le conceden un lugar no privilegiado junto a las vías de conocimiento que atañen a las lenguas. Son las precisiones relativas, pues, al diseño interior de la metáfora, sobre todo, y de la metonimia, las que se mantienen en un acuerdo básico que permitiría adoptar unas u otras sin que se desprendiesen de ello diferencias de calado. Así, tendrían las dos en común la capacidad de modificación de la coordinación entre la parte lingüística y lo referido por ella; contrastarían, en cambio, en los protagonistas de las sustituciones

---

[5] En la obra mencionada en las dos notas inmediatamente anteriores, por lo demás, se contemplan las frecuentes distinciones retóricas *metáfora/alegoría* o *metonimia/sinécdoque*. No creemos necesario hacernos partícipes de estas parcelaciones por cuanto, como Azaustre y Casas reconocen (1997:84 y 87), la *alegoría* (metáfora que supera el marco de la palabra) y la *sinécdoque* (cercana a la metonimia, puesto que se trata de una relación de contigüidad entre constituyentes de un mismo concepto, la parte por el todo o viceversa: *velas* por 'navíos' o *mortales* por 'hombres') están estrechamente ligadas a los tropos en los que hemos decidido incluirlos a modo de subtipos. Razones similares nos han conducido a no desglosar de la *sinécdoque*, a donde las remiten Azaustre y Casas (1997:88-89), a la *antonomasia* (sustitución de un nombre propio por un apelativo que designa una cualidad característica del sujeto en cuestión: san Pablo es "el Apóstol" por antonomasia) y el *énfasis* (técnica que permite emplear una palabra en un sentido más restringido del que habitualmente tiene: "Es todo un hombre" para designar el conjunto de cualidades propias de la hombría). En suma, metáfora y metonimia, volviendo al talante aglutinador que instaurábamos al inicio, funcionarán como cabezas respectivas de dos dominios de actuación lingüística en la designación.

[6] La forma de conocimiento, que puede volverse metafórica en la toma de contacto con la realidad, es concebida en Coseriu como la atribución de un objeto individualizado a una clase, a un concepto, y su reconocimiento mediante el nombre de la clase.

Centro Virtual Cervantes

designativas: en la metáfora sustituido y sustituto no están en una proximidad conceptual (cfr. *supra* nota 1), mientras que en la metonimia sí lo hacen (cfr. *supra* nota 4). Muy al contrario, en lo que compete a si estos -para la Retórica- tropos aprovechan o no cualidades ordinarias de las lenguas, además de no poder reducirse las posturas a un punto de encuentro, llevan aparejadas enfrentamientos que desbordan el ámbito de la metáfora y la metonimia. A este respecto, podría ser que quien sostiene la peculiaridad de estas designaciones estuviese implícitamente pensando, para los ejemplares designativos más comunes, en la existencia de vinculaciones constantes, férreas, definitivas y exclusivas entre significados y referentes. Menos rígidos se tornan
los emparejamientos referenciales cuando la labor designativa, por encima de signos y referentes concretos, se toma por un asunto de lengua, por el imperativo lingüístico de, como diría Coseriu (1990:259-260), ofrecer, con los significados, moldes mentales para la clasificación de las cosas (los significados harían de pautas de comparación de las cosas, que se introducirían en aquellos a los que mejor se adaptasen). Adjuntando a esta afirmación del amoldamiento o solapamiento de dos órdenes de sucesos el requisito, adelantado en Coseriu (1952), de que en muchas ocasiones la designación es metafórica de primer intento (como se piensa metafóricamente se designa del mismo modo), resultaría que con la metáfora (igualmente que con la metonimia) asistiríamos a un tipo de referencia, no a una referencia distorsionada a partir del patrón de normalidad. Moldes y referentes, al no ser tenidos por miembros de una ecuación perennemente inconmovible, pueden, si así lo estiman oportuno los hablantes, ver remozados los lazos que los unen.

En la obra de Lakoff y Johnson (1980) esta creencia se vuelve a presentar, pero ahora un poco más fortalecida, en una completa revisión de los fundamentos del lenguaje. No es la caracterización de la metonimia o la metáfora[7] la que hace a esta aportación destacable; sí lo parece la ampliación de lo que se apuntaba en Coseriu (1952)[8]. De nuevo, la metáfora y la metonimia se incluyen (Lakoff y Johnson, 1980:39 y 75) entre los integrantes de la forma ordinaria de pensamiento y acción humanas, originadas ambas en la experiencia física y cultural (Lakoff y Johnson, 1980:50 y 77). En realidad, los autores propugnan el alineamiento de estos hechos, frecuentemente limitados a lo lingüístico, en una cadena de acontecimientos que, con un eslabón en las lenguas, contiene otros componentes del mismo tenor: como han señalado para la metáfora (Lakoff y Johnson, 1980:42 y 195), si el lenguaje estructura metafóricamente es porque lo hacen paritariamente los conceptos y las actividades a los que incumben. De este modo, lo que puede sonar a incongruente enfocado en cada acto designativo aislado, se transforma en absolutamente coherente si se sopesa a la luz de un conjunto de actuaciones humanas asociadas ineludiblemente a la designación como principio de interacción con la realidad.

[7] En la metáfora ven el entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra; la metonimia sería la utilización de una entidad para referirse a otra que está relacionada con ella (Lakoff y Johnson, 1980:41 y 73).
[8] Entre uno y otro trabajo no hay, estrictamente hablando, un seguimiento declarado, se trata, antes bien, de, en lo que puede deducirse, una confluencia aproximada con prelación cronológica, sin embargo, a favor de Coseriu.

Metáforas y metonimias serían, en suma, la vertiente lingüística de una serie de condicionamientos derivados de la traducción cognitiva humana del acontecer en el entorno; vendrían a paliar, por un lado, constreñimientos como los representados por la inevitabilidad de abordar aquellos hechos para los que no surgen directamente conceptos de nuestra experiencia o, haciéndolo, no están lo suficientemente delimitados en sí mismos (Lakoff y Johnson, 1980:100 y 159), y, por otro, a hacerse cargo de las tendencias a comprender lo menos concreto con el auxilio de lo que lo es más, así como a llegar a un entendimiento parcial de lo que no se puede conocer en su totalidad (Lakoff y Johnson, 1980:150 y 236). En consonancia con la participación de la metáfora y la metonimia en marcos de conocimiento de los que serían dependientes, va la percepción de la experiencia, en ningún caso disgregada, con la que trabajan Lakoff y Johnson. Según estos autores (1980:121-122, 158-159), las tareas metafóricas y metonímicas se llevarían a cabo sobre bases de experiencia (*gestalts* experienciales) organizadas en torno a conceptos ligados a dimensiones naturales, fruto del cuerpo humano o de la interacción con el ambiente u otras personas (una metáfora, por ejemplo, aparecería en el momento en que una *gestalt* se estructurase con arreglo a elementos seleccionados de otra; podría ser *discusión* como *guerra*).

Lejos quedan, en conclusión, las metáforas y metonimias[9] encerradas en el campo de sus inicios y desenlaces lingüísticos; con Lakoff y Johnson ha terminado por consolidarse una tesis, quizás menos epidérmica, en la que lo que aflora en las lenguas forma parte de un todo bien trabado[10], de un modo de conducirse que enlaza, uniformando aquello que, ya por su comportamiento en gran parte simétrico, lo estaba: los accesos a las actividades experimentadas con la referencia lingüística; en definitiva, se estructura conceptual y lingüísticamente en paralelo. Al conciliar, entonces, lo metafórico y metonímico en varias conductas sí estarían estas suposiciones, por el contrario, cerca de postulaciones que, sin hacer mención especial de la metáfora o la metonimia, concordarían en romper con la idea que

[9] Lamentablemente, la falta de espacio nos impide, como hubiéramos deseado, tratar por extenso cuestiones tan oportunas para la tesis de Lakoff y Johnson como: la sistematicidad y coherencia de los conceptos metafóricos (1980:43 y ss.); la parcialidad de la estructuración a través de metáforas (la comprensión de unos aspectos de un concepto por medio de otro conduce, necesariamente, a ocultar aquellos que no entran en los destacados) (1980:46 y ss.); el funcionamiento correlacionado de varias (1980:137), o, los tipos que distinguen (1980:50 y ss.): estructurales (en las que un concepto se constituye *en términos de otro: la discusión es una guerra*), orientacionales (*un sistema global de conceptos se* organiza con respecto a otro: *feliz* es *arriba*; *triste* es *abajo* -Eso me *levantó* el ánimo; *caí* en una depresión-), ontológicas (entender las experiencias en términos de objetos y sustancias o de recipientes, con la intención de dar a partes de la experiencia el aspecto de entidades discretas o uniformes: la mente es una máquina -mi cerebro no *funciona* hoy-; estarás *en* la carrera). Aunque de la máxima relevancia, repasar al detalle estos puntos nos hubiera desviado un tanto de nuestra finalidad principal; ésta no se cifra en un desmenuzamiento a fondo del cómo se despliegan las metáforas y metonimias (al lector interesado le prestará una gran ayuda consultar por entero la obra de Lakoff y Johnson), sino, más bien, en reflexionar sobre las causas que las hacen posibles y el papel que cumplen, particularmente, en lo lingüístico para lo humano en general.

[10] Una de las ramas tocaría a los códigos, otra a lo que importa al hombre captar y pensar de su ser y de lo que le es ajeno.

Centro Virtual Cervantes

reduce el lenguaje a nexos biunívocos (signo por signo) con los efectivos a los que se refieren. En otras palabras, cuanto más flexible se conciba el contacto entre el lenguaje y aquello que está predeterminado a clasificar, mayores probabilidades habrá de enclavar, en el terreno de las potencialidades lingüísticas, las reordenaciones en la designación causadas por recalificaciones de la experiencia. Más arriba pudimos notar que Coseriu insistía en la naturalidad de la disposición metafórica a la hora de retratar el mundo en lo lingüístico. A este propósito, en trabajos subsiguientes (Coseriu, 1964:103-104) podemos leer que dos cosas contrapuestas son, de un lado, las estructuraciones de la realidad y, de otro, las que a ésta le impone el lenguaje según intereses y actitudes humanas; si bien la coincidencia entre las dos es posible, no es, ni mucho menos, necesaria.

Luego del anticipo que proporciona Coseriu, otros han retomado, con el empeño de desarrollarlos, parejos pareceres; éstos, aunque expuestos con superior demora nocional y distinto aparato terminológico, continúan conviniendo en acoger con facilidad entre lo usual o, cuando menos, lo no especialmente raro, todo lo que conllevan en la designación la metáfora y la metonimia. Para corroborarlo podemos probar a entablar equivalencias entre lo sostenido por Coseriu y lo que sin continuidad expresa ha defendido Bickerton. En donde el primero dice que las estructuras lingüísticas no trasladan meramente las de la realidad, el segundo (Bickerton, 1990:caps. 2 y 3) opta por señalar el carácter representacional del lenguaje; el responder de las lenguas, en Coseriu, a tipificaciones de acuerdo con los intereses y actitudes humanas adopta en Bickerton (1990:56) la fisonomía de la utilidad funcional. En principio, se obtienen palabras y conceptos de aquello con lo que precisamos interactuar significativamente; después se irán incorporando otros fenómenos. Fuera de estas declaraciones de principios convergentes, Bickerton recorre una senda apartada, personal, en lo que tiene de exploración del concepto de representación y su trascendencia. Recurriendo a la alegoría del mapa para explicar el léxico y la del libro de ruta o itinerarios para dar cuenta de las uniones entre los elementos que lo componen[11], Bickerton (1990:69) llega a la conclusión de que las lenguas no son un trasunto en soporte oral del entorno físico, sino que configuran un mundo sobrepuesto, influido a partes iguales tanto por las propiedades de lo que representa, como por su idiosincrasia (al fin y al cabo, aun conectado con la realidad, las reglas que rigen su constitución son autónomas); síntoma de este tributo sería, en opinión de Bickerton (1990:70 y ss.), la congruencia que deben mantener, internamente, en lo estructural (la predicación, las modificaciones gramaticales y la sintaxis serían sus exponentes). En definitiva, el lenguaje estaría (Bickerton, 1990:266) no en la órbita de un sistema de representación primario (común a muchas especies), cuya misión principal es sostener la existencia de las criaturas,

[11] Los mapas contienen datos que no están tal cual en el terreno representado (las curvas de nivel) y dejan de consignar otros que sí comparecen (casas, árboles). El lenguaje actúa de modo similar: presenta en algunos aspectos más información que la realidad que representa (las unidades con función gramatical), en otros menos (no todas las discriminaciones hechas en la realidad tienen idéntica versión en las lenguas). A su vez, como en los libros de rutas aparecen unidos los enclaves geográficos, los elementos del léxico se atan a través de los mecanismos gramaticales.

Centro Virtual Cervantes

sino en la de uno secundario, exclusivo de los seres humanos, que consistiría en la toma de conciencia del modelo primario y en el cual sería corriente la expresión en palabras[12].

Con el punto de mira puesto, de entrada, en la metáfora y la metonimia hemos concluido por concernir al lenguaje en toda su complejidad. Es un lugar común pensar que ahí (se exponga o no con claridad) está la salida y la meta de toda investigación lingüística, a veces no más que como una suposición escondida sobre la índole de las lenguas, otras en forma de tesis diáfanas. De uno y otro signo han sido las propuestas que hemos reseñado: las que daban a entender, pasando por encima, una cierta imagen del lenguaje, otras que no dejaban de defender, con el examen de la metáfora y la metonimia, percepciones inequívocas sobre lo lingüístico y, finalmente, ha habido lugar para encajar lo hallado a propósito de aquellos fenómenos en tratamientos que versaban únicamente sobre la incardinación de las lenguas en el mundo y lo humano. En esta progresión hemos ido de un panorama aislacionista (y "anómalo") de las metáforas y las metonimias a la normalización que ha llegado de la reintegración de aquéllas en lo lingüístico y, sobre todo, de éste entre otras operaciones humanas con las que no puede dejar de actuar (en la ambivalencia: autonomía en el funcionamiento y dependencia en la instauración). Es así como encuentra confirmación el lugar común con el que comenzamos este párrafo recapitulatorio, a despecho de las diferencias de marco teórico, la persistencia en una parecida concepción de lo que deben ser las lenguas y el lenguaje puede asegurar resultados particulares concomitantes y, además, contribuir a descartar visiones opuestas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Azaustre, A. y J. Casas (1997), *Manual de retórica española*, Barcelona, Ariel.

Bickerton, D. (1990), *Language and Species*, University of Chicago Press. Versión española de M. A. Valladares Álvarez, *Lenguaje y especies*, Madrid, Alianza, 1994.

Bickerton, D. (1995), *Language and Human Behaviour*, Seattle, University of Washington Press. Reeditado en London, University College of London Press, 1996.

Coseriu, E. (1952), "La creación metafórica en el lenguaje", *Revista Nacional Montevideo* 187, 82-109. Reeditado en E. Coseriu, *El hombre y su lenguaje*, Madrid, Gredos, 1977, 66-102.

Coseriu, E. (1964), "Structure lexicale et enseignement du vocabulaire" en *Actes du premier colloque international de linguistique appliquée*, Nancy, 1966, 175-217. Reeditado, en traducción de M. Martínez Hernández, como

[12] Para tener claro el alcance de las hipótesis de Bickerton en relación a asuntos como la evolución humana (lingüística o no), las implicaciones entre pensamiento y lenguaje o el concurso de la habilidad para las lenguas en la aparición de otras capacidades, cfr. también Bickerton (1995).

Centro Virtual Cervantes

"Introducción al estudio estructural del léxico", en E. Coseriu, *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos, 1981[2], 87-142.

Coseriu, E. (1990), "Semántica estructural y semántica «cognitiva», *Profesor Francisco Marsá/Jornadas de filologia*, Col.lecció Homenatges, Universitat de Barcelona, 239-282.

Lakoff, G. y M. Johnson (1980), *Metaphors We Live By*, University of Chicago.. Versión española de C. González Marín, con introducción de J. A. Millán y S. Narotzky; *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1995 (3ª edición sobre la de 1986).

Marina, J. A. (1992), *Elogio y refutación del ingenio*, Barcelona, Anagrama.. Reeditado, con prólogo especial del autor, en Barcelona, Círculo de Lectores, 1994.

Centro Virtual Cervantes